

# EL ORIGEN ETIMOLÓGICO DEL VAMPIRO MODERNO

© *Martí Flò & FFA, 1994*

El término «vampiro» llegó a Europa occidental a partir de la gran oleada de revinientes que sembraron el terror entre los pueblos de Hungría, Moravia, Silesia y tantos otros de los llamados eslavos a partir de mediados del siglo XVII. En cualquier enciclopedia o diccionario, con mínimos datos etimológicos, encontramos que su origen se halla precisamente en esa región. En ellos se nos indica la lengua eslava y la magiar como fuentes originales. Pero, de hecho, desconocemos qué vicisitudes corrió dicho término desde esos inicios hasta «infectar» en las mismísimas raíces las lenguas occidentales.

De entrada, no pocas veces hemos oído hablar indistintamente de «vampiros» y de «úpiros», pero lo cierto es que solamente la primera palabra se halla en el diccionario de la Real Academia Española. Aquí, y en cualquier otro vocabulario de las lenguas occidentales.

«Vampiros» y «úpiros» tienen un origen común: se trata de la misma palabra pero transliterada de distinta forma.

El eslavo antiguo se escribía en alfabeto cirílico; así la palabra «*vopyr*» o «*upyr*» llevada al alfabeto latino varía según la notación fonética que se le dé, dependiendo muchas veces de los filólogos que hayan llevado a cabo el estudio.

Por otra parte decir que éste vocablo viene del eslavo no nos informa de gran cosa, más bien nos lo complica. Digamos, para empezar, que el grupo de lenguas eslavas comprende tres grandes conjuntos bien diferenciados:

- El Eslavo meridional engloba al esloveno, el serbo o servio-croata; y el búlgaro.
- El Eslavo occidental comprende el checoslovaco y el polaco.
- Por último, en el Eslavo oriental se ubican el ruso, el ruso blanco o bielorruso y el ucraniano o también llamado ruteno.

Esto quiere decir que el origen etimológico lo podemos localizar en casi cualquier parte de la antigua Europa del Este, lo cual es como no decir nada.

K.M. Wilson<sup>1</sup> señala que, en la actualidad, coexisten cuatro teorías sobre dicha etimología:

---

<sup>1</sup> Wilson, Katharina M. (1985). The History of the word «Vampire», En: *J. of the History of Ideas*, 46 (Oct-Dec), p.577-583.

La primera de ellas, defendida por los filólogos austriacos de finales del siglo pasado (principalmente por el etimólogo Franz Miklosich<sup>2</sup>), sostiene que el origen se encontraría en el eslavo oriental «*upior*», «*uper*» o «*upyr*», derivados éstos a su vez del turco «*uber*» que significa bruja. En concreto del ruteno «*upyor*», del ruso meridional «*upir*» o «*upuir*», pero también se incluiría el polaco «*upior*» (eslavo occidental).

La segunda teoría defiende la procedencia griega, concretamente del verbo «*πι*», de beber. Aunque se trate de una postura aislada, ejercida en el primer cuarto de nuestro siglo por el sacerdote Montagne Summers<sup>3</sup>, actualmente ha encontrado quién la ampare, aunque no en toda su originalidad<sup>4</sup>.

Otro postulado, vuelve a las lenguas eslavas, y a sus vecinas, pero esta vez refiriéndose al término más occidental. A través del serbio «*beamiup*» la palabra «*pirati*», sangre, originaria del viejo polaco o del serbio-croata, y, tal vez, junto al lituano «*wempti*», beber, se evolucionaría hasta el vocablo más conocido: vampiro. Asimismo, esta denominación parece identificarse con el antiguo bactranio (hablado en el actual turquestán afgano) «*vyambara*», el «*vopyr*» ruso o el albanés «*dhampir*». La teoría, que es contemporánea, también habla del búlgaro «*upir*», originario del griego clásico (recordemos a M. Summers) y de otra palabra que ha tenido poca o nula alteración: «*strigoi*»:

*«Incidentalmente la palabra eslava Strigoi, que ahora significa monstruo u hombre lobo, originariamente hacía referencia a pájaros nocturnos que chupaban la sangre de los niños. Brückner sugiere que el término «upir» fue prestado por el búlgaro, al igual que la palabra griega por hombre lobo. Strigoi es también un préstamo búlgaro que adquirió el término nasal "am" en el griego»<sup>5</sup>*

En rumano la palabra «*vamp\_*» significa sirena, mientras «*upir*» no existe, por el contrario «*strig\_*, -*gi*» se refiere a vampiro. De dicha lengua pasó al eslovaco «*striga*», «*strigno*», al polaco «*Štrzyga*»,

---

<sup>2</sup> Miklosich, Franz (1886). *Etymologischen Wörterburch der Slavischen Sprachen*. Wien, Wilhelm Braumüller.

<sup>3</sup> Summers, Montagne (1928). *The vampire: his kith and kin*, London, Routledge and Kegan Paul, Trench and Trubner.

<sup>4</sup> Leonard Wolf dice que Summers acostumbra a engrosar con su imaginación las fuentes de las que parte. No es el único autor que opina de esta forma, y hay quien lo tilda de ingenuo; por lo cual no es de extrañar la falta de soporte que ha recibido dicha hipótesis. Ver Wolf, Leonard (1975). *Un sueño de Drácula: ensayo apasionado sobre un mito histórico-literario*, Barcelona, Paneuropea. Edición original de 1972.

<sup>5</sup> Op. Cit. p.578, n.8.

«*štrzygonia*» y también al albanés «*shtrigë*» (bruja)<sup>6</sup>; y perteneciendo al rumano no hay lugar a dudas sobre su procedencia latina: «*striga*» o «*strix*».

Sobre el significado etimológico último, ya dentro de la propia lengua latina, *Strix* y sus derivados aparecen bajo tres conceptos totalmente dispares: «*strga, -ae*» ha llegado a nosotros como *estría*, y también como el topónimo *Istria*; «*striga*» también es el nombre que se le daba al ave nocturna por excelencia: la lechuza o el Gran Duque; y, por último, tenemos «*strx*» o «*strigis*», vampiro o especie de hechicero. Todas ellas del acusativo griego «*στρυγγίς*», «*στρυγγίς*», que tanto puede significar serie o línea, como pájaro que sobrevuela y también grito o chillido de animal<sup>7</sup>. Incluso en rumano ha trascendido este último significado en «*striga, -g, -at*»<sup>8</sup>.

La última teoría probablemente sea la más conocida de todas por encontrarla a menudo en los diccionarios y enciclopedias, contentados, tan solo, en señalar: del servio «*vampir*». Sus defensores: la mayoría de autores ingleses y americanos.

El proceso de contagio de la palabra «vampiro» parece honrar al personaje que designa: adentrándose por intrincados caminos de las tierras occidentales, una vez entre nosotros, empezó a alimentar al espíritu maligno que la habitaba. Parecía adelantarse, de forma casi clarividente, al mismo recorrido que mucho más tarde seguiría el protagonista de Bram Stoker: La primera incursión del «vampiro» en occidente fue en 1679, concretamente en Inglaterra, de la mano de Paul Rycant en un estudio sobre el estado de la Iglesia en Armenia y Grecia. En Francia también hacía su primer acto de presencia a finales del mismo siglo XVII (1693) con algunos pavorosos relatos en el *Mercure Galant*, el periódico más popular de la época. Luego, desaparecería de la mente de todos, pero sólo por un discreto período de apenas medio siglo, como si necesitara de un sueño reparador para volver con más fuerza y extender su poder sobre la faz de la tierra. La palabra adquiriría verdadera resonancia entre la población inglesa a partir de 1734, habiéndola asumido ya las altas instancias académicas. Y no se trataba del único lugar donde había estado incubándose: de la oscuridad del inconsciente, de todas partes, surgía el espectro. Un primer atisbo en 1721 en Alemania y Austria, para invadirlo todo entre 1732-33; después, sucumbirían Francia con el texto

---

<sup>6</sup> También en castellano tiene el significado de bruja. Gastañega, M. (1529). *Tratado muy sutil y bien fundado de las supersticiones y hechicerías y vanos conjuros y abusiones y otras cosas al caso tocantes y de la posibilidad y remedios de ellos*, Logroño, cap. IV. Covarrubias, S. (1984). *Tesoro de la Lengua castellana o española*, Mexico DF.

<sup>7</sup> Chantraine, Pierre (1980). *Dictionnaire de la langue grecque, histoire des mots*, Paris, Klincksieck, p.1064. También: Ernout, A. et Meillet, A. (1985). *Dictionnaire de la langue latine, histoire des mots*, Paris, Klincksieck, p.656. Por otra parte recordemos lo que dice Ovidio al respecto (véase en el capítulo *Vampiros en otras culturas* el apartado correspondiente a Roma).

<sup>8</sup> Cioranescu, Alejandro (1958). *Diccionario etimológico rumano*, Tenerife, Madrid, Universidad de La Laguna, p.800.

de Calmet<sup>9</sup>, al que ya se ha hecho referencia; los Estados Pontificios de la mano del mismísimo Vicario de Cristo, Benedicto XIV (*De vanitate vampyrorum*, 1749); la Rusia blanca (recordemos que el «*upir*» era su designación particular ya desde mediados del siglo XI, y no «*vampir*»); y, por último, siempre adelantándose religiosamente al relato de Drácula, volvería a su refugio de Transilvania, introducido a través de la prensa alemana, ya en el último cuarto del siglo XVIII, renovado y convertido en neologismo.

Lo ocurrido era que mientras en los balcanes el chupador de sangre sembraba el terror bajo el nombre de «*upiro*», en occidente se adoptó el de «*vampiro*» para, por último, perseguido y hostigado por los Van Helsing de occidente, volver a reposar en su tierra natal, no sin antes haber infectado todas las partes civilizadas del continente.

Hacia el final del reinado de Fernando VI, nuestra palabra vendría a perturbarnos en plena algarabía europea: en 1754 Fray Benito Jerónimo Feijoo<sup>10</sup> comentaba la obra recién publicada del padre Calmet, que, como buen erudito, no había tardado en saber de su existencia y hacerse con un ejemplar. Y a principios del siglo siguiente, otro gran autor, el dramaturgo Leandro Fernández de Moratín<sup>11</sup>, ya mucho más informado de las diversas noticias que circulaban por la vecina Francia, establecía relaciones entre los vampiros transilvanos y las víctimas mortales de hechizamiento de nuestras brujas, en unos comentarios al famoso Auto de Fe celebrado en Logroño en noviembre de 1610 en relación a los célebres sucesos de Zugarramurdi.

Pero no sería hasta 1843 que nuestra Real Academia de la Lengua (en aquel entonces sin el «Real»), admitía por fin el poder de convocatoria que había conquistado tan ilustre personaje en poco menos de un siglo, incluyendo la palabra «*vampiro*» en la 9ª edición de su diccionario.

El texto definitorio de la Academia, sin embargo, parecía (y aun parece) querer resguardarse de un mayor poder subrayando su naturaleza ficticia: «*Espectro o cadáver que, según cree el vulgo de ciertos países*<sup>12</sup>, va por las noches a chupar poco a poco la sangre de los vivos hasta matarlos».

En cuanto al catalán, el mismo vocablo no sería admitido hasta 1864 en la segunda edición del *Diccionari de la llengua catalana* dirigido por Pere Labèrnia. Es curioso, incluso, leer en aquel

---

<sup>9</sup> Calmet, Agustín (1991). *Tratado sobre los vampiros*, Madrid, Mondadori, (La Cabeza de Medusa ; 3). Edición original de 1746

<sup>10</sup> Feijoo y Montenegro, Benito Jerónimo (1754). *Cartas eruditas y curiosas*. Madrid, Tomo 4, carta XX.

<sup>11</sup> Fernández de Moratín, Leandro (1811). *Auto de Fe celebrado en la ciudad de Logroño*. Madrid, Rivadeneyra, 1871. Vol. 2, p. 628.

<sup>12</sup> Selección resaltada por el autor.

vetusto volumen la ingenua afirmación de que la palabra «vampiro» procedía del latín «*vampir-us*»<sup>13</sup>.

Con respecto al resto de lenguas peninsulares, la palabra fue aceptada tal cual del mismo castellano sin sufrir cambio alguno, excepción del euskera donde la «m» es sustituida por una «n» por una simple cuestión de regla ortográfica de dicho idioma, escribiéndose así «vanpiro».

Con el tiempo, la misma palabra vendría a engrosar sus acepciones, primero (en 1762), y de la mano del naturalista conde Buffon, al ser aceptada para designar popularmente a un tipo de mamífero volador de América del Sur de la familia del «*Desmodus*», especialmente el tipo «*rotundus*», un verdadero murciélago vampiro. Y actualmente, el mundo capitalista ha asumido toda una gama de nombres de viejos y conocidos monstruos para designar a sus más adelantados prosélitos y sus actividades en el mundo de los negocios. Así no es difícil encontrar toda una serie de trabajos especializados sobre *la técnica del vampiro, las relaciones comerciales entre el vampiro y el hombre lobo*, etc. Y es que los tiempos no perdonan ni al príncipe de las tinieblas, que hoy por hoy le sería más cómodo aparecérsenos como un verdadero «yuppie» que como un decadente aristócrata venido a menos.

---

<sup>13</sup> Labèrnia y Esteller, Pere (1888). *Diccionari de la llengua catalana*, Barcelona, Espasa, vol.2, p.694.